

La antesala de la música

Pablo Espinosa

El oído es el sentido enteramente desarrollado en el nacimiento y también el que más datos ha facilitado sobre la vida intrauterina.

Es también lo último que vive cuando morimos. Los oídos del moribundo cierran la puerta en este tránsito donde sólo venimos a soñar y a escuchar.

Las páginas del *Libro tibetano de los muertos*, atribuido a Padma Sambhava posiblemente en el siglo octavo después de Cristo, instruyen que, en el momento de la muerte, cuando todavía la conciencia del fallecido deambula por el canal central del sistema nervioso, se deberá repetir una oración al recaudo de su oído con la finalidad de implantarla en su mente. A través de una escucha se consigue llegar a un interior sin tiempo, es decir, el propio de quien abandona el mundo. Se trata de un camino de liberación cuyos primeros recodos se adentran en un espacio configurado por la sonoridad.



Robert Fludd, *Utriusque cosmi* II, 1619

Es célebre esta impronta: en sus últimos instantes, Gustav Mahler (1860-1911) levantó el índice derecho para trazar una anacrusa imaginaria y exclamó, dirigiendo la vista nublada hacia su mujer: *Amlisch mia*. Después dijo: *Mozart querido*. Y expiró.

Matemáticos han indagado sin hallar respuesta a sus cálculos para corresponder el número de partituras que escribió Mozart en el número de días que vivió. Claro, la velocidad del cerebro, la destreza manuscrita, pero al toque divino se añadió información genética: sus padres fueron músicos y el nonato bebió con líquido amniótico el canto de su madre embarazada. Niño no nacido nadaba en ventura, dijo muchos años después James Joyce.

Toque divino. Al arte supremo que es la música siempre se le ha asignado un carácter divino, cuando es el más terreno de los dones.

Carácter prometeico entonces. Puente, enlace, conexión. Lo humano y lo divino se conjugan en su carácter laico.

Más allá del gusto personal, hay razones suficientes para afirmar que la música es el arte supremo.

Que lo diga el músico, ensayista, poeta catalán Ramón Andrés:

El oído, esa antesala de la música, goza de una capacidad primordial para captar mundos todavía desconocidos, no formulados por la palabra, no conceptualizados.

La poesía, esa hermana gemela de la música, lo es por las palabras. El arte de la música, lo dice Perogrullo, se anticipa a las palabras, las rebasa. Las procrea.

Este talante de reflexiones despierta uno de los libros más hermosos, recios, contundentes, aportadores que se hayan escrito

en mucho tiempo: *El mundo en el oído. El nacimiento de la música en la cultura*, escrito por Ramón Andrés (Pamplona, 1955) y editado hace apenas meses por Acanalado. Novedad bibliográfica de dimensiones descomunales por su contenido, sus propuestas y su calidad de pensamiento y escritura.

En 575 páginas que se saborean como un manjar divino, este erudito impresionante despliega un arsenal interminable de fuentes documentales consultadas en su lengua original (griego, latín, alemán y francés antiguos) para desarrollar no solamente una historia de la música extraordinariamente original, a través del desarrollo cultural del sentido del oído, sino que establece un sistema de vasos comunicantes de calibre tal que es una fiesta de la inteligencia, un discurrir junto al lector por silogismos simples, llanos y contundentes pero que en realidad son prodigios de la ensayística más ardua. Nuevamente Perogrullo: hacer fácil lo difícil es mérito de los grandes. Pero sin duda el elemento fundamental es el placer.

Así que el lector se detiene párrafo a párrafo, lo vuelve a leer, lo subraya, lo anota, consulta otras referencias en otras historias de la música, abreva de diccionarios técnicos, nutre curiosidad y adquiere conocimientos. Pero sobre todo disfruta: así como un pasaje de Borges bordado en perfección sintáctica, elegancia prosística y belleza contoneante es vuelto a acariciar por los ojos del lector una y otra vez, así la prosa de Ramón Andrés.

Este libro monumental en todos sentidos aparenta partir de una pregunta: ¿Cuándo comenzó la música? Pero en realidad su indagatoria se cimbra en la mismísima condición humana. Tal procedimiento le permite llegar a conclusiones

claras cuando antes eran, en voz de otros autores, meros misterios.

Convencido de que el alma busca en los sonidos igualdad y semejanza y de que la música es propiciadora del encuentro interior de cada uno, el autor viaja hacia el despertar del inconsciente al sonido del mundo, eso que llegó a convertirse en lo que hoy entendemos como música.

El microscopio de Ramón Andrés y su escalpelo descubren el tejido más profundo: el fruto de una ósmosis acústica que se produce entre el adentro y el afuera. Lo que aportarán las estructuras musicales en su desarrollo posterior devendrá en un modo de relación y organización humanas, una puesta en común de lo inexplicable.

Es por eso que a través de la música lo desconocido puede convertirse, no sabemos cómo, en un fenómeno colectivo y “comprensible”.

Lo decía André Malraux en estos términos: el arte es darle a la gente lo que tiene pero ignora que lo tiene.

Lo mismo que el silencio entonces, la música es un fragmento de nuestro origen.

Recientemente se ha repartido por fin en revistas de divulgación científica lo que no se decía porque no era aún el momento de la razón humana. Un grupo de astrofísicos desarrolla una hipótesis notable de acuerdo con la cual el universo está compuesto por 57 variedades de partículas, en cuya estructura se encuentran filamentos o “cuerdas” en vibración.

¿Le suena al lector eso de “buena vibra, maestro”, esa suerte de himno sesentero? Científicamente vibramos. No sólo los instrumentos de cuerda vibran. La vibración de energía puede recibir distintos nombres, entre ellos música.

De acuerdo con la hipótesis referida, precisamente ese movimiento resonante es el que genera la existencia de los 57 tipos de partículas, para cuya captación son necesarias al menos nueve dimensiones. Hacer colisionar dichas partículas en gigantesco aceleradores —razonan los científicos— permitiría contabilizar su energía. Al fin y al cabo, silogiza Ramón Andrés, el movimiento, la compresión del aliento, son formas de generación de energía.

Cabe entonces la certeza de Jankélevitch: la música conmueve porque mueve.

Un zumbido, el silbido del viento, el retumbar del trueno, el merodeo de unos pasos, el estallido del mar, aportaron —aportan, subraya Ramón Andrés— una ancestral forma de zozobra, una tensión psicológica que en el seno humano se transforma en premonición, en un estar alerta. De manera que, deduce el ensayista, el sonido nos crea como individualidad y la música como parte de la colectividad.

De ahí que la combinación de sonidos y la ordenación de sus distintas alturas, es decir, el lenguaje articulado en el que se convierte la música, haga del hombre un ser comunicante, capaz de decir yo, pero también nosotros.

Nietzsche, famoso por su máxima “una vida sin música es una vida sin sentido”, concluía que el oído era el órgano del miedo, fuente de la imaginación, familiarizado con la tiniebla interior: “a la luz, el oído es menos necesario. Por eso el carácter de la música, como un arte de la noche y la penumbra”.

Es el momento en que Ramón Andrés cita al autor clásico en el tema, Marius Schneider, quien ponía de relieve que en las culturas de cierto desarrollo la percepción auditiva disminuía en beneficio de lo visual, mientras que en las más primitivas el poder acústico —muy ligado a la evolución de los rituales— fue predominante.

Así el vocabulario estaba estrechamente hermanado con el valor sonoro de cada palabra. Pero, nos alumbraba el autor, mientras el lenguaje era el encargado de fijar el concepto, fueron la evocación y la trascendencia las que seguían permaneciendo y originándose en un plano considerado superior, el de la sonoridad.

Schneider subraya que para el cazador primitivo el oído era el sentido más importante, ya que le proporcionaba un mayor radio de acción en sus maniobras de búsqueda, y se ha preguntado por qué la escucha con los ojos cerrados no sólo agudiza la percepción auditiva, sino que la hace más honda, más inteligible y nítida en nuestro interior; de ahí la larga tradición que observa un sinnúmero de músicos ciegos, tan frecuentes en las culturas de Egipto y de Oriente.



Dibujo de *El hechicero*, Cueva de Trois-Frères, Ariège

Es a partir de las bases de Marius Schneider que el autor de *El mundo en el oído* lanza una de sus muchas aportaciones audaces y esclarecedoras: el formalismo moderno, cuyo punto de partida se halla en la filosofía griega y sobre todo en Aristóteles, “desautorizó y anuló en gran medida el pensamiento de anteriores civilizaciones, con lo cual se arrebató al ser humano el pensar acústico”.

Pasa entonces Ramón Andrés a enumerar los ritos iniciáticos primitivos, el nacimiento del conocimiento en catacumbas donde se practicaban orificios en las paredes interiores para preservar y amplificar.

La ruta es tan fascinante que induce al lector a enriquecimientos en paralelo. Por ejemplo, en sus deliciosos pasajes donde narra las prácticas de las hermandades secretas, comparte esquemas, croquis, dibujos y descripciones de aquellas matrices del conocimiento, mientras el lector completa un conocimiento previo: las salas de concierto modernas hallan un origen insospechado en esos úteros prehistóricos.

Es ahora el trabajo y las conclusiones de Iégor Reznikoff la referencia: demos-

tró que las pinturas y grafismos de las cuevas prehistóricas coinciden con un punto de mayor resonancia. La incidencia de un sonido amplificado, el eco que retumbaba e “iluminaba” el lugar de la imagen, creaba un campo primordial en el seno de la Tierra.

Es notorio que esta correlación entre el signo y los fenómenos acústicos, que en el tiempo puede remontarse a unos cien mil años, aconteciera en la más rigurosa oscuridad, lo que demuestra la importancia del oído como la llave que facilita el acceso al mundo trascendente.

Cita las investigaciones llevadas a término en cuevas como las de Portel, Fontanet y Niaux para comprobar las distintas clases de reverberación que se producen en su interior atendiendo a la altura de la emisión de la voz y demostrar que el punto en que se situaba el emisor no era precisamente fruto del azar.

Es sabido que los largos corredores, los cañones y bóvedas propician diferentes y enigmáticos flujos vibratorios, una gama de sonidos variables que al hombre prehistórico debían de sugerirle una fuerza evocadora.

Los dos modelos de salas de concierto que a la fecha prevalecen, demuestran en los hechos cotidianos todos estos aciertos. Tanto el modelo de antiguo salón de baile vienés, que mantiene El Concertgebouw de Amsterdam como el sonido envolvente y juego de espejos de acústicos de la Sala Nezahualcóyotl de nuestra Universidad, nuestra sala de conciertos que sigue el modelo de la sede de la Filarmónica de Berlín, mantienen este hálito de templo y trascendencia metafísica.

Esa idea trasciende a su vez las eras. No es por casualidad que Rilke definiera al oído como un templo, un lugar de encuentro con el mundo: *un refugio del más oscuro deseo, / con una entrada de jambas temblorosas, / tú les creaste un templo en el oído*, apunta en un soneto dirigido a Orfeo.

La lectura del libro de Ramón Andrés nos lleva por una galería de fascinaciones donde el oído se hermana con la vista y viceversa. La evolución aparejada del oído, que es el sentido más espiritual de todos

de acuerdo con Sören Kierkegaard, con el intelecto nos ayuda a comprender la conformación esencial de nuestras personas: cuerpo, mente, espíritu.

La música es, lo confirma este voluminoso y enriquecedor estudio, una fuente de placer y de conocimiento. Es una forma de conocimiento puro. La noción equivocada de mera diversión, escape, ilusión, queda derrotada frente al poder argumental de testimonios, citas, pero sobre todo ideas de este pensador catalán.

Su vasta reflexión se suma a una bibliografía luenga que han aportado musicólogos y teóricos, con la diferencia de que Ramón Andrés pone un cable a tierra que nunca se desata.

Los escritos de Henri-Louis de LaGrange, Pierre Boulez, Nikolaus Harnoncourt, por citar algunos de los pensadores contemporáneos, observan el arte sonoro en sus consecuencias, mientras que el estudio de Ramón Andrés se remite a los orígenes, a una música anterior a sí misma.

No se hace pasar por una historia de la música y sin embargo lo es. Ubica su rango de estudio en el nacimiento de la cultura y esto por consecuencia catapultó su sentido hasta nuestros días.

Se remite por ejemplo a las primeras epopeyas, los *Vedas*, la *Odisea* y la *Iliada*, el *Mahabharata*, las narraciones de Liu-Hsieh, en cuyas páginas se describen unos bosques que silban melodías, son pródigos en pasajes donde la tierra, el mar, los elementos, desprenden música a través de una intensa fisicidad y movilidad. “No por otra razón Giacinto Scelsi decía que el sonido es el primer movimiento de lo inmóvil”.

Tal procedimiento pinta de cuerpo entero la estrategia que mueve este monumento ensayístico. El trayecto de siglos ubica por igual el pensamiento milenario que las últimas ideas concebidas por músicos modernos, como es el caso anterior del italiano Scelsi (1905-1988).

Las fuentes documentales remiten también a los recientes descubrimientos de neurosicológicos que han demostrado la relación entre el estímulo neuronal auditivo que se produce en la zona inferior cortical del cerebro y su transformación en una abstracción de orden espiritual.

Desfilan los autores insospechados: Emmanuel Swedenborg (1688-1772) afirmaba que el acceso al mundo superior se cumplía mediante la apertura del oído, mientras que William Blake razonó que la anatomía de dicho órgano se correspondía con una espiral sin fin que conduce al último cielo. En la Chandogya Upanisad se comenta que el oído es “la mente y la prosperidad”, de ahí que la música y las palabras se conciben como alimento, “como leche que surge de las sílabas”.

Desde el mero inicio de su tratado asume Ramón Andrés que hablamos de un arte joven, si por joven entendemos unos cuantos milenios apenas. Está consciente también que a diferencia de otras disciplinas, la música tuvo su primer cometido como elemento de comunicación, instrumento imitativo de la naturaleza y a la vez generador de un lenguaje que revela la idea de un más allá.

Trascendencia, lazo con la divinidad, puente con otras vidas, razón de ser. El oído, esa antesala de la música, ha significado en la historia de la humanidad un desarrollo paralelo al de nuestro desarrollo intelectual y espiritual.

Que la música cura, calma, apacigua, enaltece, salva, ya lo sabíamos.

Que se trata de una de las fuentes más poderosas e inagotables de placer, lo hemos disfrutado siempre.

Que se trata de una de las formas más directas y contundentes de adquirir conocimiento, lo hemos aquilatado.

Lo que ahora conocemos luego de leer *El mundo en el oído. El nacimiento de la música en la cultura* es que podemos confirmar nuestras certezas, disfrutar todavía con mayor profundidad ese asombro de nuestra curiosidad, la música, pero sobre todo que la naturaleza humana apunta hacia ambiciones mayores de trascendencia, las que están a la mano de los lectores pero sobre todo de quienes escuchamos música con los oídos bien abiertos para encontrar modos diferentes de ser mejores personas.

Porque, he allí el meollo, el oído, esa antesala de la música, es en realidad un universo en expansión. **U**